

Claves

Notas del Escenario Político
21 de Diciembre, 2012

El Espíritu de Fronda

La renuncia de Carlos Larraín a su cargo de Presidente de Renovación Nacional, que luego declinó rápidamente, generó interpretaciones de distinto tipo, en su mayoría apelando a causas inmediatas e instrumentales, derivadas de querellas intestinas en la derecha o como manifestaciones de la debilidad y dispersión política que sufre el sector ante un escenario adverso para 2013 y con precandidatos presidenciales que aún no remontan. Algunas de estas explicaciones son plausibles; sin embargo, igualmente dejan un sabor de insuficiencia. Muchos de sus ribetes resultan aún hechos incomprensibles. Intentaremos por ello una interpretación distinta, enfocada en rasgos más culturales de una parte de nuestra elite política.

Hay algo en el estilo y naturaleza de Carlos Larraín y lo que él representa, que va más allá de lo episódico. Aparece un rasgo más atávico de desapego a lo que en el siglo XIX se designaba como "Estado en forma". Una sospecha profunda, un sentimiento de amenaza permanente que esconde un temor y debilidad no declarada al sistema político.

A principios del siglo XX Alberto Edwards designó a este sentimiento como "espíritu de fronda", señalando con ello que nuestra aristocracia nunca ha creído realmente en el Estado republicano, y por lo tanto nunca ha estado realmente convencida de construirlo y fortalecerlo. Por el contrario, se ha puesto en una vereda distinta, en la defensa de una condición especial que por sí misma es capaz de preservar ciertos valores básicos y tradicionales, muy relevantes en momentos de crisis moral, decadencia o dificultad. Pero, el problema de esta legítima causa de preservación de tradición, esconde no una fortaleza, sino una debilidad o incapacidad de esta elite para convertir sus virtudes en liderazgo real para conducir a una Nación o una cultura.

En resumen, este "espíritu de fronda" parte desde un cuestionamiento a la sociedad liberal y la añoranza a los valores tradicionales. Y en su incapacidad o falta de voluntad para encarnar su visión en un proyecto político hegemónico, opta por situarse afuera del espacio institucional-estatal, para exigir los derechos otorgados por su condición de privilegio.

La reacción de Larraín tiene estos rasgos, porque se instala desde el reclamo de una dignidad no considerada, un cuestionamiento ético a determinadas conductas del Gobierno; es decir nace de una desconfianza y cuestionamiento al proceder político y no desde una lógica de poder. El resultado es muy parecido a lo que Edwards relataba de las permanentes cortapisas que nuestra aristocracia puso al proceso de construcción de nuestro Estado en el siglo XIX, que sólo Portales logró contener.

Primero, Alberto Edwards, al caracterizar nuestra aristocracia criolla en su conocido ensayo "La Fronda Aristocrática" (1928), mostraba una doble cara de este grupo social. Por una parte, portador de una dignidad y moralidad perdida, que permeó una primera fase de la república en el siglo XIX; por otra parte, expresión de este espíritu de Fronda, que, en la acepción de Spengler (que parece ocupar Edwards), es la rebelión de los nobles contra el Estado cuando éste pasa a ser más relevante y central que la condición de clase.

De alguna forma, si el Estado y la República se asientan, ponen en cuestión una jerarquía supuestamente primordial. Edwards señala que este "espíritu de fronda" dominó a la elite aristocrática chilena desde la colonia y durante todo el siglo XIX. A su juicio, derivó en una exaltación de la parte negativa del alma aristocrática, ya devenida en mera oligarquía y causa principal de una decadencia nacional.

Durante el siglo XX el cuestionamiento al orden político y social de la aristocracia se manifestó como la existencia de una crisis moral. El estado de ánimo fue predominantemente de lamento y nostalgia. Las causas esgrimidas eran de distinto cuño; muchas veces de carácter racial. Pero hubo otras características de esta crisis. Principalmente, la llamada "inferioridad económica" de Chile, cuyas causas según Francisco Encina radicaban en la "ineptitud de la población" o bien derechamente a nuestra "mala educación". Encina señalaba que ésta se generaba por su "carácter imitativo" de Europa y la pérdida de nuestra tradiciones y moral propias. Por su parte, Jaime Eyzaguirre señalaba también que el principal problema de Chile es no permanecer fiel a la tradición católica e hispánica, acompañado de la destrucción de la sociedad feudal corporativa en manos del capitalismo liberal.

Por último, no pudo esta elite aristocrática restituir su pretendida primacía. Terminó siendo un observador crítico pero impotente del predominio de otras culturas y cedió el liderazgo del rumbo del país a otros actores. Todo el siglo XX fue, de alguna forma, una muestra de esta debilidad e incapacidad. De hecho, el proyecto modernizador lo encabezaron los gobiernos radicales y, luego, esta elite social no lograba ponerse de acuerdo en su rol y su oferta para el país, porque no superaba esta condición fundamental o pecado de origen: ver al Estado más como un riesgo que como un instrumento para el liderazgo.

Aunque esta aristocracia manifestó por conveniencia una apertura al ideario liberal, mantuvo una indecisión básica al respecto, que se tradujo en la división entre conservadores y liberales. En 1946, probablemente la candidatura de Cruz Coke fue la última manifestación genuina de una alternativa conservadora que encarnó los valores de la tradición. Los liberales, por su parte, apoyaron entonces a una fracción de los radicales y los socialistas. Cruz Coke, a su vez, recibió el respaldo de los socialcristianos, que ya formaban entonces la Falange.

Desde la década del '50, la familia Matte, El Mercurio, la SOFOFA, la CPC, con la ayuda de la firma norteamericana Klein & Saks, se concentraron en diseñar e instalar un modelo de

desarrollo capitalista para Chile. Luego que en 1955 Ibáñez renunciara al proyecto populista, este pacto se consolidó y se materializó con la candidatura y triunfo de Alessandri en el '58. Sin embargo, este modelo fracasa. La reinstalación del modelo económico liberal sólo se logra desplegar con nitidez en el Gobierno Militar.

En resumen, la aristocracia criolla tradicionalista siempre mantuvo una posición reactiva, poco comprometida y desconfiada del espacio político y el Estado, desde un sentimiento de nostalgia de los valores perdidos, y desde una sensación de inseguridad y una autopercepción de inferioridad económica.

Segundo, las razones esgrimidas por Carlos Larraín para renunciar, aparecieron para muchos, muy incomprensibles, como una sobrerreacción. Desde la clave del espíritu de Fronda, sin embargo, resultan más claras. La principal queja de Larraín es a la "desconsideración" del Gobierno con RN, cierto desdén y "falta de respeto" inaceptable, sólo fundada en su debilidad parlamentaria.

Este tipo de quejas también se observaron en los gobiernos de la Concertación por parte de sus partidos. Pero en esos casos las disputas había estaban siempre acotadas a una lógica de poder. De hecho, en este episodio, la primera imputación hecha por los partidos de la Concertación a Larraín es la de haber montado este conflicto para perfilar la figura de Allamand. No es posible determinar si ésta fue también una razón, pero seguramente no fue la más relevante.

En el caso de los partidos de la Concertación, en consecuencia, las disputas de esta naturaleza se resuelven y despejan rápidamente. Pueden acumularse rencores, pero no es lo predominante. Se aplica de manera más nítida la distinción entre lo personal y los ripios propios de la política. Pero no es éste el caso de las disputas en la elite social, más beligerantes e intensas. No hay sólo una cuestión de poder involucrada, sino que se transforma rápidamente en un asunto muy personal y leído desde una dignidad afectada.

Lo que aflora es este sentimiento de que se respete una superioridad, pero que al mismo tiempo se asume que es frágil. Es una paradoja, pero muy propia de las elites tradicionales chilenas: exigen el "respeto debido", se piensan a sí mismas desde una posición de poder, pero al mismo tiempo se mueven sin la densidad y certidumbre, sino desde un sentimiento de fragilidad y temor a perder sus fortalezas. Eso los inclina a reacciones más virulentas en sus disputas y a actitudes taimadas en su comportamiento público.

Esto tiene varios niveles:

El primero es económico. Sólo una parte minoritaria de las "grandes familias" mantiene en Chile un grado importante de la riqueza en Chile. Los principales grupos económicos son de inmigrantes (Luksic, Angelini, Saieh, Yarur, Paulmann), familias provenientes de la clase media (Piñera) y los Matte, como excepción que muy tempranamente se alineó en el

segmento liberal de la derecha. El Gobierno Militar le permitió a las elites tradicionales recuperar una posición; sin embargo, muchos de ellos fueron desplazados por empresarios emergentes o nuevas generaciones pasaron a ser rentistas de sus viejas fortunas y otras se han arruinado y viven con ingresos de clase media, manteniendo una imagen otorgada por sus círculos sociales y algunas propiedades. Las familias de la vieja aristocracia, en consecuencia, viven en un estado de resentimiento y desprecio ante los "nuevos ricos", ante sus gustos americanizados, muy lejanos a sus tradiciones europeas, sobre todo afrancesadas, que aún mantienen. El juicio despectivo a Piñera, se mueve en este tipo de lejanía.

El segundo es moral. La aristocracia criolla siente que Chile se fundó en el siglo XIX sobre la base del profundo sentido moral que mantuvo desde la colonia y en las primeras décadas de la Nación. Fue en ese momento en que nace el mito del orden y la tradición como emblemas de la institucionalidad nacional. Pero, incluso ese proceso de formación del Estado, como explicamos anteriormente, les genera una sospecha y rechazo, porque allí está el germen de la decadencia de la cultura tradicional, católica, integrista e hispánica. Este sentido moral ya se ha perdido, y de alguna manera son ellos el último bastión que lo defiende. El cultivo del catolicismo más integrista es parte de este esfuerzo, que levanta un sentido de misión más profundo. También viven esta misión como una cruzada casi perdida, y desde cierta fragilidad ante el avance de la secularización en toda la sociedad, incluida la derecha.

El tercero es el intelectual. El ascenso de una clase media que no sólo accedía a mejores estándares de vida, sino que se involucraba directamente en la conducción del país y levantaba un proyecto nacional alternativo en el siglo XX también puso en cuestión la idea de superioridad de clase, toda vez que esta clase media también construyó un mito sobre sí misma, de una arrogancia similar en este plano. Instituciones como la Universidad de Chile y el Instituto Nacional pretendieron identificarse de manera exclusiva el espíritu republicano del país. Pero esta arrogancia mesocrática se volvió más dura a través de su predominio en lo político, primero con los gobierno radicales y después del Gobierno Militar en el largo período de gobiernos de la Concertación, que ahora parecen retornar. Por último, en el ámbito del arte y la cultura, también la izquierda logró una superioridad manifiesta, sobre todo desde la segunda mitad del siglo XX.

En definitiva, la suma de sus fragilidades le genera a una parte de la elite un sentimiento de incertidumbre y temor, una sensación de inseguridad para solventar su distinción, que de cualquier forma sigue sintiendo real, pero incomprendida o desvalorizada por el mundo. Lo que le resta es reproducir, al igual que hace más de un siglo atrás, un "espíritu de fronda", aunque resulte hoy más vacío e irrelevante.

El drama del gesto de Larraín es precisamente su irrelevancia y cómo gran parte de la ciudadanía lo observa como una opereta.